

Gurdjieff

Relatos
de
Belcebú
a
sú nieto

Título original: BEELZABUB'S TALES TO HIS GRANDSON

Obra traducida por: Nathalie de Salzmann de Etievan
Castor S. Goa
Julio M. Díaz
y otros alumnos

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

© de la edición original
TRIANGLE EDITIONS, INC.
111 1/2 East 62 nd Road New York
N.Y. 10Q21

Obra publicada con autorización de Editorial Ganesha.

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.	Nirvana Libros S.A. de C.V.	Ed. Sirio Argentina
C/ Panaderos, 9	Av. Centenario, 607	C/ Castillo, 540
29005-Málaga	Col. Lomas de Tarango	1414-Buenos Aires
España	01620-Del Álvaro Obregón	(Argentina)
	México D.F.	

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 84-7808-370-7
Depósito Legal: B-35.639-2004

Impreso en los talleres gráficos de Romanya/Valls
Verdaguer 1, 08786-Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

G. I.
GURDJIEFF

Relatos
de
Belcebú
a
su nieto

Crítica objetivamente imparcial de la vida de los hombres

editorial **S**irio, s.a.

DEL TODO Y DE TODO

Primera serie en tres libros

RELATOS DE BELCEBÚ
A SU NIETO

Crítica objetivamente imparcial
de la vida de los hombres

Segunda serie en dos libros

ENCUENTROS CON
HOMBRES NOTABLES

Tercera serie en cinco libros

LA VIDA ES REAL
SÓLO CUANDO «YO SOY»

DEL TODO Y DE TODO
Diez libros en tres series

El conjunto, expuesto según principios enteramente nuevos de razonamiento lógico, se propone tres tareas fundamentales:

- PRIMERA SERIE Extirpar del pensar y del sentimiento del lector, despiadadamente y sin la menor componenda, las creencias y opiniones, arraigadas desde siglos en el psiquismo de los hombres, acerca de todo cuanto existe en el mundo.
- SEGUNDA SERIE Hacer conocer el material necesario a una reedificación, y probar su calidad y solidez.
- TERCERA SERIE Favorecer la aparición en el pensar y en el sentimiento del lector de una representación justa, no fantásica, del mundo real, en lugar del mundo ilusorio que él percibe.

Esta obra ha sido escrita originalmente en ruso y armenio. Se ha publicado una versión inglesa de la misma obra con el título All and Everything (Harcourt Brace and Co. en Nueva York, y Routledge and Kegan Paul en Londres), así como una versión en idioma alemán, con el título All und Alles (Verlag der Palme en Innsbrück).

La versión francesa ha sido traducida del manuscrito original con el título Du Tout et De Tout. Copyright de Editions Janus, París 1946.

La presente revisión en castellano ha estado a cargo de A. C. Editorial Ganesha, Caracas. Se ha utilizado como referencia además de la versión francesa, la versión inglesa revisada y publicada por Triangle Editions Inc., Nueva York, 1992.

Copyright de Triangle Editions Inc., Nueva York 1978. Todos los derechos reservados para todos los países

RECOMENDACIÓN BENÉVOLA
*improvisada por el autor
al remitir este libro al impresor*

Las múltiples deducciones y conclusiones a las cuales me han conducido mis investigaciones experimentales sobre el beneficio que los hombres contemporáneos pueden sacar de las impresiones nuevas, debidas a lo que leen u oyen, traen a mi memoria una sentencia popular, venida del fondo de las edades, que afirma:

«Toda oración puede ser oída por las fuerzas superiores y ser concedida, a condición de que sea dicha tres veces:

La primera vez por el bien o el descanso del alma de nuestros padres;

La segunda vez por el bien de nuestro prójimo;

Y la tercera vez, solamente, por nuestro propio bien.

Y considero necesario, desde la primera página de este primer libro listo para ser publicado, dar el consejo siguiente:

«Lean tres veces cada una de mis obras:

La primera vez, al menos como ustedes están mecanizados a leer todos sus libros y periódicos;

La segunda vez, como si ustedes las leyeran a un oyente extraño;

Y la tercera vez, tratando de penetrar la esencia misma de lo que escribo».

Solamente entonces estarán ustedes en condiciones de formarse un juicio imparcial, propio sólo de ustedes, sobre mis escritos. Y sólo entonces se realizará mi esperanza de que ustedes reciban, según su comprensión, el beneficio determinado que tengo previsto para ustedes y que les deseo con todo mi ser.



Libro primero

Despertar del Pensar

ENTRE todas las convicciones que se han formado en mi «presencia integral» en el curso de mi vida responsable, ordenada de modo bien singular, hay una, inquebrantable, según la cual todos los hombres –sea cual fuere el grado de desarrollo de su comprensión, y sean cuales fueren las formas de manifestación de los factores que suscitan en su individualidad ideales de todo género– sienten, siempre y en todas partes en la Tierra, la necesidad imperiosa de pronunciar en voz alta, o cuando menos mentalmente, cada vez que emprenden alguna cosa nueva, una invocación, comprensible a toda persona, aun a la más ignorante –invocación cuyos términos han variado según las épocas, y que se expresa hoy con estas palabras: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén».

Por eso, al abordar esta aventura tan nueva para mí –escribir libros– comienzo yo también con esa invocación, que profiero en voz alta, claramente, y hasta, como decían los antiguos tulusitas, con una «entonación plenamente manifestada»; esto, por supuesto, en la medida que lo permiten los datos formados ya en mi presencia integral y fuertemente arraigados en ella, quiero decir esos datos que se constituyen en la naturaleza del hombre durante su edad preparatoria, los cuales determinan más tarde, en el curso de su vida responsable, el carácter y la fuerza vivificadora de esa entonación.

Después de haber iniciado así, puedo estar completamente tranquilo, y además debo estar, según los conceptos que nuestros contemporáneos se

forman de la «moral religiosa», plenamente seguro de que en lo sucesivo «todo irá sobre ruedas» en mi nueva ocupación.

En resumen, así comienzo; en cuanto al resto, no me queda más que repetir con el ciego: «¡Ya veremos!».

Antes que nada, pongo mi propia mano, y lo que es mejor, la derecha –fue dañada ligeramente, hace tiempo, en un accidente, pero, en cambio, es muy mía y en toda mi vida jamás me ha traicionado–, la pongo sobre mi corazón, mi propio corazón también (no considero necesario extenderme aquí sobre la constancia o inconstancia de esa parte de mi Todo), y confieso francamente, que en cuanto a mí no tengo ningún deseo de escribir; pero me veo obligado a ello por circunstancias independientes de mí, las cuales no sé todavía si son accidentales o si han sido creadas a propósito por fuerzas extrañas: sólo sé que estas circunstancias me obligan a escribir no cualquier bagatela buena de leer para dormirse, sino gruesos e importantes volúmenes.

Sea lo que fuere, comienzo...

Sí, pero ¿con qué comenzar?

¡Ah! ¡Diablos! ¿Va a volver esa sensación tan extraña y tan desagradable, experimentada hace tres semanas, mientras elaboraba en la mente el programa y el orden de las ideas que había resuelto propagar, sin saber tampoco con qué comenzar?

No habría podido definir esa sensación sino con estas palabras: «El temor de estar sumergido en la marea de mis propios pensamientos».

Para hacer cesar esa desagradable sensación, podría haber recurrido a la funesta facultad que poseo como todo contemporáneo –ya que se nos hizo inherente– de «dejarlo todo para mañana», sin sentir por ello el menor remordimiento de conciencia.

Y hubiera podido fácilmente «dejarlo para mañana», pues aún tenía tiempo por delante; pero hoy, ¡ay de mí!, eso no es posible, y cueste lo que cueste, «aunque reviente», tengo que emprenderlo.

Pero, realmente, ¿con qué comenzar?

¡Hurra!... ¡Eureka!...

Casi todos los libros que he llegado a leer en mi vida comenzaban con un prefacio. Será, pues, necesario para mí también, comenzar con algo por el estilo.

Digo bien «por el estilo», porque jamás en toda mi vida, casi desde el momento en el que supe distinguir una moza de un mozo, hice nada, absolutamente nada, como mis semejantes los bípedos, destructores de los bienes de la Naturaleza; por eso debo ahora –hasta me veo

obligado a ello por principio— escribir diferentemente a como lo haría cualquier escritor.

En vez del prefacio de rigor, empezaré pues, con una sencilla advertencia.

Comenzar con una advertencia será muy sensato de mi parte, por la sola razón de que esto no contradirá ninguno de mis principios, ya sean orgánicos, psíquicos o hasta «extravagantes». Al mismo tiempo será completamente honesto, hablando desde luego objetivamente, porque espero con absoluta certeza, como también todos los que me conocen de cerca, que mis escritos hagan desaparecer en la mayoría de los lectores de una vez por todas —y no progresivamente como le pasa a uno tarde o temprano— todos los «tesoros» que poseen, tesoros transmitidos por herencia o adquiridos por su propia labor, en la forma de «naciones tranquilizantes», que no evocan sino imágenes suntuosas de su vida presente o cándidos sueños del futuro.

Los escritores profesionales comienzan ordinariamente sus introducciones dirigiéndose al lector con toda clase de títulos rimbombantes y de frases ampulosas, llenas de un énfasis meloso.

Sólo en eso seguiré su ejemplo, y comenzaré yo también con una de esas «frases», evitando, claro está, hacerla tan azucarada como ésas a las que están acostumbrados, y que manipulan para titilar la sensibilidad de lectores más o menos normales...

Pues bien...

Mis muy queridos, muy honrados, muy decididos y ciertamente muy pacientes Señores, y mis muy queridas, encantadoras e imparciales Damas... ¡Discúlpenme! Iba a olvidar lo principal: ¡y mis nada histéricas Damas!

Tengo el honor de declararles que debido a ciertas condiciones que se me imponen en estas últimas etapas del proceso de mi vida, me dispongo a escribir libros, aun sin haber escrito hasta ahora la más mínima obra, ni el mas mínimo «artículo instructivo», ni siquiera una de esas cartas en las que habría que respetar lo que llaman «gramática»; de modo que hoy, a pesar de que me convierto en un «escritor profesional», no tengo ninguna práctica de las reglas y de los procedimientos literarios establecidos, ni tampoco de la «lengua literaria de buen tono», y me veo obligado a escribir en forma diferente de como lo hacen los escritores ordinarios «patentados», manera a la cual están ustedes tan acostumbrados desde hace mucho tiempo, como a su propio olor.

Según mi criterio, lo que es molesto para ustedes en todo esto es que, desde la infancia, les ha sido inculcado un automatismo que se ha

armonizado perfectamente con su psiquismo general, y que funciona de manera ideal para la percepción de toda impresión nueva, de modo que ese «beneficio» les ahorra en lo sucesivo, en el curso de su vida responsable, toda necesidad de hacer el menor esfuerzo individual.

Hablando francamente, considero como lo esencial de esta confesión no mi inexperiencia de las reglas y de las técnicas literarias, sino mi ignorancia del «lenguaje de buen tono» exigido en nuestros días de los escritores, y hasta de todo simple mortal.

De mi inexperiencia de las reglas y técnicas literarias, no me inquieto nada. Y no me inquieto porque está dentro del orden de cosas, para nuestros contemporáneos, el ser «profano» en esa materia.

Ese nuevo «beneficio» ha surgido y ha florecido por todas partes en la Tierra gracias a una enfermedad extraordinaria a la cual están sujetas, desde hace unos veinte o treinta años, todas las personas de los tres sexos que duermen con los ojos medio abiertos, y cuyo rostro ofrece un terreno fértil para el cultivo de barros de toda clase.

Esa singular enfermedad se manifiesta así: si el paciente es algo ilustrado, y si el primer plazo de su alquiler está pagado, se pone infaliblemente a escribir un «artículo instructivo», cuando no todo un libro.

Pero, sabiendo que esa nueva enfermedad de los hombres se propaga epidémicamente por todas partes, tengo derecho a suponer que ustedes están «inmunizados» contra ella, como dirían los sabios médicos, y que por consecuencia ustedes se sentirán menos indignados por mi inexperiencia en las diversas técnicas y reglas literarias.

Por eso hago hincapié, en esta advertencia, sobre mi ignorancia del lenguaje de buen tono.

Mas para justificarme, y para atenuar la desaprobación del consciente de vigilia de ustedes ante mi ignorancia de ese lenguaje, tan necesario a la vida moderna, considero indispensable decir, con humildad en el corazón y rubor en la frente, que si lo aprendí yo también en mi infancia –en tiempos en los que ciertos mayores que me preparaban para una vida responsable me obligaban, sin escatimar los medios de intimidación, a machacar sin cesar la multitud de matices cuyo conjunto constituye esa «delicia» contemporánea– por desgracia (no para mí, sino para ustedes, naturalmente), no asimilé nada de lo que había machacado, y no me queda hoy de ello ni la sombra, para las necesidades de mi actividad literaria.

Quiero añadir además que no fue de ninguna manera falta mía, ni la de mis antiguos «respetables» e «irrespetables» maestros. Si esos esfuerzos humanos fueron en vano, se debió a un suceso muy excepcional, que se produjo en el momento de mi aparición en este bajo

mundo. En ese momento preciso –como me explicó, tras investigaciones «psico-físico-astrológicas» minuciosas, una ocultista muy conocida en Europa– las vibraciones entrechocadas de un fonógrafo Edison en la casa vecina irrumpieron en la nuestra por un hueco que había perforado en el vidrio de la ventana nuestra alocada cabrita coja, mientras la comadrona que me recibía tenía en la boca una tableta de cocaína, de fabricación alemana (no ersatz, por cierto), que chupaba al son de la música, sin encontrarle el placer anticipado.

Abstracción hecha de tal acontecimiento, raro en la vida corriente, mi situación actual –lo advertí, lo confieso, después de haber reflexionado mucho según el método del Herr Professor Stumpfsinnshausen– se debe también a que en el transcurso de mi vida adulta he evitado siempre, tanto instintiva como automáticamente, y a veces hasta conscientemente, es decir por principio, emplear ese lenguaje en mis relaciones con los demás.

Y me manifesté así hacia esa bagatela –pero ¿es acaso una bagatela?– gracias a tres datos que se constituyeron en mi presencia general durante mi edad preparatoria, y de los cuales me dispongo a hablarles en este primer capítulo de mis obras.

Sea lo que fuere, es un hecho tan luminoso en todas sus fases como un anuncio norteamericano, al que no podía modificarlo fuerza alguna, ni aun la ciencia de un «experto en asuntos de monos» –y ese hecho es que yo, que he sido considerado estos últimos años por muchas personas como un maestro de danzas de templo bastante bueno, me convierto a partir de hoy en un escritor profesional. Y emborronaré cuartillas por millares, de más está decirlo, ya que me es propio, desde la infancia, cuando hago algo, no andarme con chiquitas. Pero, al estar desprovisto, como ustedes lo ven, de toda rutina automáticamente adquirida y automáticamente manifestada, me veo forzado a escribir lo que medito en una lengua simple, ordinaria, hecha por la vida; una lengua corriente, sin «melindres gramaticales», ni «manipulaciones literarias».

Sí, ¡pero... estamos bien lejos todavía! ¡Ni he decidido lo principal!
¿En qué idioma voy a escribir?

Por cierto, ya comencé a escribir en ruso, pero en ese idioma, como diría el Sabio de Sabios Mulaj Nassr Eddin,¹ «no se va muy lejos».

1.- Mulaj Nassr Eddin, o, como le dicen también, Nassr Eddin Jodya, es, al parecer, desconocido en Europa y en América. Por el contrario, es muy conocido en todos los países del continente de Asia. Es una personalidad legendaria, como la del alemán «Till Eulenspiegel». Se le atribuyen a Nassr Eddin, en Oriente, numerosas máximas populares que expresan todas, tanto las más antiguas como las más recientes, «la sabiduría de la Vida».